



gico-religioso que les impulsó a volver, tras un proceso secular, al espacio político-cultural europeo originario.

Estados emergentes

Pero es a partir de aquí, cuando se constituyen ambas naciones como estados emergentes en la Europa moderna cuando se da lo que siempre he considerado como un accidente histórico, o una serie de ellos si se prefiere, lo que acabaría consolidando la separación de ambos territorios en entidades políticas diferenciadas e impidiendo una continuación de esa línea de identidad histórica que habían compartido hasta su formación como tales en la baja Edad Media todos los nuevos reinos cristianos y que fue la que marcó el devenir histórico de todos ellos, exceptuando el de Portugal. Sin duda el primero de esos accidentes, y esto dicho sin el menor sentido nostálgico, fue la derrota de las tropas castellanicas de D. Juan de Castilla por parte de las de D. Juan de Portugal en 1385 en la celebre (más celebrada en Portugal que en España) batalla de Aljubarrota. Como accidente histórico podríamos considerar la fallida política matrimonial del rey Manuel I de Portugal, el más grande de los que ha tenido el país hermano, con las hijas de los Reyes Católicos en su intento de unir ambas coronas, lo que llevó a su hijo, y nieto de los reyes españoles, Miguel, a ser proclamado Príncipe de Asturias y heredero de las Coronas de Castilla, Aragón y Portugal, sin que su prematura muerte permitiera alcanzar finalmente su obstinado empeño de unir ambas coronas.

Y ya más metidos en la Edad Moderna quizás podamos hablar de que fue un accidente o un error histórico el que la Duquesa de Mantua representante en Lisboa de Felipe II accediese a las exigencias de los Restauradores portugueses neutralizando a las guarniciones castellanicas de Lisboa, permitiendo el final de la dinastía de los Austrias en Portugal y dando inicio a la de Braganza, lo que acababa con ochenta años de unidad política de los reinos ibéricos bajo la peculiar monarquía de corte semifederal que caracterizó a los reinados de Felipe II, III y IV, primero, segundo y tercero, respectiva-

"La famosa Torre de Bem en el estuario del Tajo, típico ejemplo de arquitectura militar en estilo manuelino construida por el más grande de los reyes portugueses, Manuel I, ferviente impulsor de la unión de las coronas de Portugal, Castilla y Aragón"

mente, para los portugueses. La generalizada explosión centrípeta que se desencadenó en los territorios ibéricos bajo el reinado del último de los reyes mencionados o más concretamente durante el gobierno de su válido el Conde-Duque de Olivares acabó en el desmembramiento de Portugal de la Corona Española (¿o ibérica?) del mismo modo que pudo haber acabado con la secesión de Cataluña o con el inicio de una dinastía propia en Andalucía, la de los Medina-Sidonia. Esta fue sin duda una última y aún oportuna ocasión perdida de unificar políticamente los territorios ibéricos, lo que hubiera tenido imprevisibles consecuencias históricas para nuestros pueblos, aunque no es aventurado suponer que beneficiosas para su presencia en el concierto europeo en los siglos siguientes, que fue de verdadero declive para los dos países por separado. Que aún no era tarde para esa unión lo prueba por ejemplo que habrían de transcurrir todavía más de sesenta años hasta que Inglaterra uniera manu militari sus destinos con los de Escocia para acabar constituyendo la, después muy poderosa, Gran Bretaña.

Pero esta definitiva consolidación de la división política de los territorios ibéricos desde el inicio de la Edad Moderna en dos naciones diferentes, dejando aparte el periodo común de los Felipes, por utilizar la propia terminología portuguesa, dio paso a un paralelismo histórico que no me resisto a repasar y que no sería posible entender solo por razones de vecindad, que también se daban con Francia por ejemplo y con quienes las similitudes fueron por desgracia para nuestro devenir mucho más escasas, sino fundamentalmente por razones de identidad histórico-cultural a las que me he referido anteriormente. Paralelos en ambos países fueron los procesos de expulsión de los moriscos o de persecución y posterior expulsión de los judíos (que los portugueses achacan ingenuamente a los deseos de su rey D. Manuel para congraciarse con los Reyes católicos y conseguir así su ansiada unión de ambas coronas) por no hablar de las afinidades en ambos países del triste papel de la Santa Inquisición. Común fue la gesta conquistadora y colonizadora de ambas naciones y lo que es más importante su modelo de mestizaje étnico y cultural que las diferenciaría más tarde para bien y para mal del más tardío modelo de colonización anglosajón. Y tras un siglo XVII que tuvo tanto en común como ya hemos detallado (incluyendo por cierto la expulsión casi simultánea de los jesuitas) ambos países soportaron de igual modo la invasión napoleónica y lo que es más importante en ambos países se produjo el mismo proceso de recuperación de la Inde-